

Reseña del libro: Bongaarts, J. y Hodgson, D. (2022). *Fertility Transition in the Developing World*. Cham: Springer, 144 pp.

Adriana Robles

Orcid: 0000-0001-7202-6523

arrobles@colmex.mx

Doctoranda en Estudios de Población, Centro de Estudios Demográficos,
Urbanos y Ambientales, El Colegio de México

Paula Martes Camargo

Orcid: 0000-0001-8870-1386

pmartes@colmex.mx

Doctoranda en Estudios de Población, Centro de Estudios Demográficos,
Urbanos y Ambientales, El Colegio de México

Resumen

El libro ofrece una revisión de las tendencias de la fecundidad en países en desarrollo y los debates teóricos alrededor de ellas. A partir de información de la División de Población de Naciones Unidas y encuestas nacionales de salud o demográficas, los autores proponen una visión global de los cambios en las últimas décadas, así como una sistematización de los retos y oportunidades que ellos significan. La obra presenta una revisión de las tendencias globales de la fecundidad a partir de 1950 y los factores y políticas públicas vinculados a ellos; discute alrededor de la relación entre el desarrollo y los cambios en la fecundidad (principalmente el descenso) y ofrece una revisión de las alteraciones en los niveles de la fecundidad que se han observado en los países en desarrollo en el siglo XXI.

El libro ofrece una revisión de las tendencias de la fecundidad en países en desarrollo y los debates teóricos alrededor de ellas. A partir de información de la División de Población de las Naciones Unidas y encuestas nacionales de salud o demográficas, Bongaarts y Hodgson proponen una visión global de los cambios en las últimas décadas, así como una sistematización de los retos y oportunidades que estos significan. La obra se estructura en ocho capítulos. En los dos primeros, los autores hacen una revisión de las

Palabras clave

Fecundidad
Salud reproductiva
Métodos anticonceptivos
Programas de planificación familiar

tendencias de la fecundidad a partir de 1950 e identifican patrones en los cambios a nivel global. En el tercer y cuarto capítulos, examinan los cambios en las preferencias reproductivas, así como de los determinantes socioeconómicos de la fecundidad. En el quinto apartado, llevan a cabo un recorrido histórico de la discusión sobre la relación entre desarrollo y fecundidad, y en el sexto y séptimo capítulos, repasan las políticas implementadas alrededor de este debate. Por último, en el octavo capítulo, analizan las tendencias de la fecundidad en los países en desarrollo en el siglo XXI.

Este libro busca estudiar la reducción de la fecundidad en los países con menores niveles de desarrollo en las últimas siete décadas, teniendo en cuenta sus contextos volátiles durante este periodo, adicionalmente al hecho de que para 1950 la mitad de estos países eran colonias de países imperialistas que fallaron en crear procesos de industrialización y urbanización. La transición de la fecundidad en estos países ha estado acompañada de importantes cambios socioeconómicos, tales como el incremento de la urbanización, de la escolaridad promedio, del Producto Interno Bruto (PIB) per cápita y del uso de anticoncepción, así como de una reducción de la mortalidad infantil y cambios en los patrones de producción económica.

En el primer capítulo, *Fertility Trends in the Developing World, 1950–2020*, los autores presentan diferentes enfoques teóricos en el descenso de la fecundidad en los países en desarrollo: las teorías convencionales, las teorías revisionistas, los programas de planificación familiar y la implementación de políticas coercitivas. Las teorías convencionales, también conocidas como teorías de la demanda, establecen que el costo de los hijos e hijas es el principal factor que afecta el tamaño deseado de las familias, al asumir que los individuos toman decisiones racionales para maximizar su utilidad. No obstante, tal como lo cuestionan Bongaarts y Hodgson, son teorías generales que ignoran el efecto que tienen las normas sociales en las decisiones reproductivas, además de asumir que el costo de acceso a la anticoncepción es nulo. Por otra parte, investigaciones han demostrado que la relación entre los indicadores de desarrollo y la Tasa Global de Fecundidad (TGF) es más débil de lo esperado. En segundo lugar, las teorías revisionistas y los programas de planificación familiar permiten la adopción de teorías sobre la difusión de innovaciones que establecen que nuevos conocimientos, técnicas y actitudes se expanden por medio de redes sociales dentro de poblaciones con características culturales y lingüísticas similares. Finalmente, las políticas coercitivas de control de la natalidad, en la actualidad consideradas una violación grave a los derechos humanos, tienen como ejemplo más común, de acuerdo a los autores, las

políticas implementadas en China, que en la década de 1970 estableció leyes que controlaron inicialmente la nupcialidad y que tiempo después evolucionaron a la política del único hijo, que conllevó a una reducción de la TGF con efectos no deseados, como por ejemplo la selectividad del sexo del recién nacido. Hoy en día, afirman, se incentiva a los países a optar por programas voluntarios de planificación familiar.

En el segundo capítulo, *Country Fertility Transition Patterns*, con base en datos de la División de Población de Naciones Unidas y de las Encuestas Nacionales de Demografía y Salud (ENDS), se analiza la transición de la fecundidad en 97 países entre 1950 y 2020. Se seleccionaron aquellos países que, a mediados de la década de 1950, se encontraran en una etapa de pretransición con una TGF superior a cinco y con una población mayor a un millón de habitantes. Los resultados muestran que hay una gran variedad de patrones de transición entre los países, debido a que cada uno tiene una mezcla particular de factores que impactan sobre su fecundidad. Al reconocer esta heterogeneidad, los autores identificaron cuatro etapas en la transición de la fecundidad. La primera etapa, la pretransición, se establece al inicio del periodo y para ella se toma como referencia la TGF más alta observada en el periodo analizado, que en promedio se situó en 6.9 hijos por mujer. La segunda etapa, el inicio de la transición, se identifica cuando es posible observar un punto de inflexión de 5 % en los niveles de fecundidad nacionales. Entre los países analizados, esta etapa inició alrededor de 1970 con una TGF promedio de 6.6. La tercera etapa, el camino hacia la reducción, marca un punto clave en el que los países se alejan del comportamiento reproductivo del pasado y empiezan a experimentar reducciones continuas significativas de su TGF, lo que demuestra, según Bongaarts y Hodgson, el carácter irreversible de la transición; las regiones de Asia, Norte de África y América Latina y el Caribe (ALC) mostraron las mayores reducciones en sus TGF en esta etapa, con 24 y 20 %, respectivamente, mientras que África Subsahariana mostró una reducción promedio de 13 %. La cuarta etapa, “el fin de la transición”, se establece cuando un país llega a una TGF menor a 2.5. Hasta 2020, esta etapa fue alcanzada por 42 de los 97 países analizados, cuya TGF promedio fue de 2.0, aunque con una gran variedad entre regiones, por ejemplo, Sudáfrica con una TGF de 2.4, ALC con 2.1 y Asia y Norte de África con 1.9. Los autores identifican que los 55 países que no han culminado su transición tienen en común condiciones socioeconómicas bajas, así como un bajo compromiso de los gobiernos nacionales de invertir en programas de planificación familiar, se menciona que en siete de estos países es posible observar un estancamiento de su transición por varias décadas en niveles

de TGF superiores al reemplazo (Kenia, Camerún, Congo, Ghana, Namibia, Senegal y Zimbabue). No obstante, el patrón dominante de la transición de la fecundidad es una reducción continua de la TGF en los países analizados.

El tercer capítulo, *Transitions in Individual Reproductive Behavior and Preferences*, se centra en el análisis de los comportamientos adoptados por las mujeres que pueden conllevar a una disminución de los niveles de fecundidad, entre los que se destaca la prevención de la ocurrencia de embarazos no planeados. Por esta razón, Bongaarts y Hodgson enfocan su análisis en el uso de métodos anticonceptivos y la ocurrencia del aborto en un total de 97 países usando datos de la División de Población de Naciones Unidas, de las ENDS y del Instituto Guttmacher. Sobre el uso de métodos anticonceptivos, proveen evidencias sobre el efecto que tiene su empleo en la reducción significativa de los niveles de fecundidad. No obstante, datos transversales presentan una realidad sesgada de la relación entre las dos variables, pues por un incremento de un punto porcentual en la prevalencia de uso de métodos anticonceptivos, la fecundidad se reduce en 0.07 puntos considerando datos longitudinales, mientras que, con datos transversales, la reducción es de 0.035. Algunos países no siguen el patrón mencionado, por lo que los autores proponen las siguientes explicaciones: a) el nivel de fecundidad antes del inicio de la transición; b) la falla de los métodos; c) el traslape entre el uso de anticoncepción y la infecundidad posparto; d) la ocurrencia del aborto; e) el incremento en la fecundidad no marital; f) la separación de parejas por efecto de la migración, y g) la ocurrencia de guerras, hambrunas y desastres naturales que pueden incentivar la prevención de los embarazos. Por último, se examina la demanda por anticoncepción y su satisfacción por medio de un análisis de descomposición, con el que se concluye que la satisfacción de la demanda por anticoncepción tiene un mayor efecto sobre los niveles de fecundidad en la medida en que ella indica la velocidad con la que los sistemas de planificación familiar de los países se adaptan a la nueva demanda de las familias por controlar su tamaño en diferentes niveles de la transición. En un segundo momento, los autores analizan el impacto del aborto en la fecundidad, y reconocen que es una práctica que se aplica en alguna extensión en las sociedades contemporáneas. Se estima que entre 2015 y 2020, en los países de ingreso bajo y medio se practicaron alrededor de 69.4 millones de abortos. Se señala que el efecto del aborto sobre la fecundidad no es del todo directo, se previene menos de un nacido vivo por mujer, en la medida en que algunos embarazos podrían culminar en abortos espontáneos y que el efecto de esta práctica disminuye en contextos donde hay una alta prevalencia de anticoncepción.

En el cuarto capítulo, *Socio-Economic Determinants of Fertility*, los autores analizan cuál es la principal variable socioeconómica que explica los niveles de fecundidad en los países, entre los cuales estudian la urbanización, la mortalidad infantil, los años de escolaridad de mujeres entre 20 y 39 años y el PIB real per cápita. Para determinar el efecto de cada variable, estiman un modelo de efectos fijos con las series de tiempo construidas con las variables para el periodo de 1960 a 2025 en un total de 59 países. Los resultados sugieren que el logro educativo es cinco veces más importante que el resto de variables para explicar las tendencias en los niveles de fecundidad observados entre los países seleccionados. Con este resultado se esperaría entonces observar un mismo patrón de reducción de los niveles de fecundidad entre los países en la medida en que aumenten su logro educativo. Sin embargo, Bongaarts y Hodgson encuentran diferentes patrones de comportamiento cuando se relacionan ambas variables, e identifican cuatro tipos de anomalías en dicha relación. Primero, antes del inicio de la transición, la fecundidad no responde a los cambios en el logro educativo, según los autores, debido a que, en sociedades patriarcales, cualquier desviación de las normas sociales es desaprobada. Segundo, el umbral de la educación al inicio de la transición varía mucho entre los países, lo cual puede obedecer a que cada país tiene niveles diferentes de resistencia a nuevas ideas, así como una mayor heterogeneidad en términos culturales, étnicos y lingüísticos (otros factores pueden ser la existencia de programas gubernamentales de planificación familiar, así como tener países vecinos que tuvieron una transición temprana). Tercero, el ritmo del cambio de la fecundidad a mitad de la transición es más rápido de lo esperado, lo que podría explicarse por la difusión de información sobre métodos y de programas sobre planificación familiar, que permiten una mayor cobertura a la demanda por anticoncepción creciente en dicha etapa de la transición. Y cuarto, una vez que un país de una región inició su transición, los países vecinos siguen su paso, aun cuando estos últimos tengan en promedio un menor nivel educativo, posiblemente porque el umbral de educación para iniciar la transición ha disminuido a lo largo del tiempo; esto es posible debido a la gran variedad de canales de interacción social que hay entre los países que permite la difusión más rápida de ideas que incrementan la velocidad de adopción de nuevos comportamientos. La tipología de la relación temporal entre el cambio de la fecundidad y el cambio de la escolaridad de las mujeres es útil en análisis de contextos tan heterogéneos, sin embargo, consideramos que las explicaciones que sugieren los autores para cada caso deben ser discutidas con mayor detalle. Por ejemplo, en el caso de América Latina, un elemento que

no puede dejarse de lado al momento de entender cómo la educación afecta a la fecundidad —o cualquier otro fenómeno demográfico— es la desigualdad social.

En el quinto capítulo, *Controversies Surrounding Fertility Policies*, Bongaarts y Hodgson ofrecen un recorrido histórico de la discusión sobre la relación entre desarrollo y fecundidad durante la segunda mitad del siglo pasado. Después de un importante descenso de la mortalidad, del incremento de la esperanza de vida en la primera mitad del siglo XX, y frente a una relativa estabilidad de la fecundidad en los países en desarrollo, las tasas de crecimiento poblacional aumentaron a inicios de la segunda mitad del siglo. De acuerdo con los autores, el desarrollo demográfico de los países en desarrollo (a los que aún se refieren con el término caduco de “Tercer Mundo”) se convirtió en un espacio de disputa política entre los dos bloques, soviético y occidental, durante la Guerra Fría. La comunidad científica demográfica en Occidente debatía si la teoría de la transición demográfica era suficiente para entender el vínculo entre desarrollo y fecundidad, mientras que economistas estimaban los beneficios que implicaría el descenso del crecimiento demográfico. Paralelamente, los hacedores de política apostaban a programas de planificación familiar. Frente a la necesidad de evidencia que soporte la aplicación de dichos programas, estudios tipo encuestas sobre conocimiento, actitudes y prácticas (KAP, por sus siglas en inglés) se realizaron en varios países en la década de 1970. El control del crecimiento de la población de los países en desarrollo (visto como un reto para la seguridad estadounidense, según las palabras del presidente Lyndon Johnson) se convirtió en un punto clave de la agenda internacional. Con importantes flujos de recursos, se desarrolló una infraestructura institucional abocada a la implementación de programas de control de la natalidad. Sin embargo, en la Conferencia de Población de Bucarest en 1974, se hizo visible la posición de los líderes de países en desarrollo que cuestionaban la aplicación de dichos programas sin un contexto más amplio de desarrollo. Posteriormente, la Conferencia de Ciudad de México en 1984 significaría un cambio de ruta en la agenda, en particular la estadounidense. La posición de Ronald Reagan de restringir la cooperación a programas que promuevan el aborto haría que movimientos feministas se manifesten sobre los derechos reproductivos de las mujeres, más allá de los programas de anticoncepción. La posición que sostiene que “todas las mujeres, incluyendo las mujeres pobres, deberían tener el derecho a tener tantos hijos como quisieran” (p. 76, la traducción es nuestra) se haría manifiesta en el Programa de Acción de la Conferencia de El Cairo en 1994. Ya con el descenso de los niveles de fecundidad a partir de la década de 1980, la preocupación política sobre la natalidad se reduciría,

mientras que en la academia se cuestionaba si los programas de planificación familiar promueven el descenso de la fecundidad y si, a su vez, dicho descenso favorece el desarrollo económico.

Es en el sexto capítulo, *Does Fertility Decline Stimulate Development?*, en el que Bongaarts y Hodgson se preguntan si el descenso de la fecundidad estimula el desarrollo. Hasta la década de 1960, afirman, habría un consenso entre economistas respecto de que el rápido crecimiento poblacional y los altos niveles de fecundidad reducían los niveles de ahorros necesarios para incrementar los niveles de desarrollo. Sin embargo, a partir de finales de 1960, hubo estudios que no pudieron confirmar una asociación negativa entre crecimiento poblacional y el crecimiento económico. Esta era revisionista sobre el impacto del crecimiento de la población en el crecimiento sería nuevamente revisada a mediados de 1990 con estudios que, utilizando datos de las décadas de 1980 y 1990, evidenciaron una relación negativa entre crecimiento poblacional y desarrollo. Un conjunto de trabajos identificó que un descenso de la fecundidad daba paso a un incremento de la producción per cápita por medio del cambio de la composición etaria de la población, lo que hoy se denomina dividendo demográfico. El crecimiento del PIB per cápita se puede descomponer en la productividad, la tasa de participación laboral y la razón de soporte, que se define como el porcentaje de la población en edad de trabajar. Los autores señalan que el descenso de la fecundidad ocurrido en varios países a partir de 1970 en regiones como América Latina, Asia y el norte de África, redujo la importancia relativa de la población infantil y joven, mientras que la proporción de población en edad de trabajar se incrementó. El dividendo demográfico se refiere al incremento del PIB per cápita a partir de un aumento de la razón de soporte, manteniendo el resto de condiciones constantes. Como recalcan Bongaarts y Hodgson, este bono es transitorio al depender de la estructura etaria. El segundo dividendo demográfico se refiere a cambios en la productividad a partir de un incremento del crecimiento de la población en edad de trabajar. La lógica de este aumento, señalan, es que a medida que la población dependiente decrece, quienes están en edad de trabajar tienen más recursos disponibles para ahorrar e invertirlos en capital humano (por ejemplo, capacitación técnica o credenciales educativas), lo que deriva en mayor productividad. En este sentido, los autores concluyen que este dividendo no es mecánico, sino que depende del nivel de inversiones a la productividad, por lo que tiene la potencialidad de tener un efecto prolongado en el tiempo. Si bien esta última observación es importante (es decir que el aprovechamiento de los

dividendos demográficos no es automático) consideramos que es necesario tener en cuenta los contextos institucionales, históricos, culturales y políticos que median la relación entre población y desarrollo.

Una vez que los autores desarrollan su posición respecto de que el descenso de la fecundidad decanta en desarrollo, específicamente el crecimiento económico, por medio del dividendo demográfico, su siguiente punto, desarrollado en el séptimo capítulo, *The Impact of Voluntary Family Planning Programs on Contraceptive Use, Fertility, and Population*, es si los programas de planificación familiar (entendemos que se refieren a ellos como sinónimo de programas de control de la natalidad) pueden acelerar la reducción de la fecundidad. Señalan que el objetivo de los programas de planificación familiar voluntaria es superar las barreras para acceder a métodos modernos de anticoncepción a las que se enfrentan las mujeres que quieren limitar o espaciar los nacimientos. Las principales barreras son la falta de conocimiento (sobre la existencia de los métodos modernos, cómo utilizarlos y dónde obtenerlos), los costos (principalmente el costo de los métodos en sí y el de transporte para acceder a ellos), la disponibilidad (es decir, una fuente de acceso a la que se pueda acercar periódicamente y a una proximidad física razonable), calidad de los servicios de provisión, objeciones de parejas, de otros miembros de la familia y aceptación en la comunidad. Si bien ahí se sugeriría que los autores se trasladan desde una perspectiva neomalthusiana a nivel macro a una perspectiva de derechos a nivel micro, de nuevo se posicionan con la primera perspectiva al señalar que el objetivo de estos programas no solo es satisfacer la demanda de métodos anticonceptivos, sino incrementarla: “campañas de información y educación sobre los beneficios de familias más pequeñas también juegan un papel importante en *incrementar la demanda* de anticonceptivos [...]” (p. 100, la traducción y las cursivas son propias). A partir de la revisión de evidencia basada en experimentos naturales y controlados y estudios estadísticos, los autores señalan que la aplicación de programas de planificación familiar tiene un impacto positivo en la prevalencia del uso de métodos anticonceptivos modernos, un efecto negativo en los niveles de nacimientos no planificados, así como en las tasas globales de fecundidad que varían de manera significativa según el contexto y los niveles iniciales de fecundidad.

Finalmente, en el octavo capítulo, *The Developing World's Fertility Transition: 2000-2020*, Bongaarts y Hodgson analizan las tendencias de fecundidad en los países en desarrollo en las últimas dos décadas, y para ello agrupan a 97 países en desarrollo con poblaciones de más de un millón de habitantes en tres categorías: baja, media y alta fecundidad. En

el grupo de baja fecundidad (42 países), la TGF promedio en 2020 es de dos hijos por mujer y la tasa de crecimiento anual es de 0.9 %. Este grupo tiene una edad mediana estimada en 2020 de 32.4 años, una esperanza de vida al nacer en 2019 de 73.7 años y un promedio de años de escolaridad de 7.8 años. En él se incluye a varios países asiáticos y latinoamericanos. Los autores identifican dos retos que enfrenta este grupo: la implementación de medidas pronatalistas que respeten los derechos reproductivos de las mujeres, y el aprovechamiento de los beneficios derivados de los dividendos demográficos. En el grupo de fecundidad media (26 países), se estima una TGF promedio de 3.3 hijos por mujer y un crecimiento poblacional de 2 %. La edad mediana es de 22.9 años, con una esperanza de vida al nacer de 69 años y un promedio de 6.4 años de escolaridad. Geográficamente, este grupo es mixto e incluye a países de varias regiones. Los autores consideran que sus principales retos son tomar acciones que permitan continuar con la reducción de la fecundidad, particularmente expandir los programas de acceso de métodos anticonceptivos modernos e incrementar la escolaridad para retrasar la entrada a la unión y a la maternidad. Un segundo reto es incrementar los niveles de inversión, sobre todo en educación y capacitación, para asegurar un segundo dividendo demográfico. Por último, el grupo de fecundidad alta (29 países) tiene una TGF promedio en 2020 de 4.9 hijos por mujer y una tasa de crecimiento poblacional de 2.8 %. Este grupo es el más joven, la edad mediana es de 18 años. La esperanza de vida al nacer es de 60.9 años y la escolaridad promedio es de cinco años. La mayor parte de ellos se ubican en África. Para Bongaarts y Hodgson, el principal reto que presenta este grupo es encontrar la forma en la que las inversiones destinadas a educación, salud y programas de planificación familiar se traduzcan en una reducción de la pobreza. Además, consideran que una vía de desarrollo es la reducción de la fecundidad (la denominan como una “condición demográfica adversa” en la región), ya que “su alta fecundidad está desacelerando su desarrollo” (p. 132, la traducción es nuestra).

El libro ofrece, en términos generales, elementos para comprender la forma en la que se configuró la transición de la fecundidad en los países en desarrollo, y busca entender cómo fue posible que estos países pudieran disminuir sus altos niveles de fecundidad en las últimas siete décadas a pesar de sus contextos volátiles. En este sentido, a lo largo de los ocho capítulos, Bongaarts y Hodgson resumen cuáles son las etapas que han caracterizado esta transición, con énfasis en los grupos de países que se alejan de los comportamientos esperados, sobre todo entre la relación de niveles de

fecundidad, desarrollo y uso de métodos anticonceptivos. Sobre la relación entre fecundidad y desarrollo, los autores son claros en presentar las limitaciones de las teorías convencionales sobre las revisionistas debido a la débil correlación comprobada entre el nivel de desarrollo económico y la fecundidad, por lo que señalan que la socialización de nuevos comportamientos reproductivos, por medio de la difusión de nuevas ideas y normas sociales, afecta las decisiones de planificación familiar de los individuos. No obstante, puntualizan su posición sobre la necesidad de los países de aprovechar sus bonos demográficos vía incrementos en la productividad de la población en edad de trabajar, por medio de inversiones, especialmente en educación.

Si bien consideramos que Bongaarts y Hodgson realizan un excelente esfuerzo en el uso de fuentes de datos actualizadas que permitan estudiar el comportamiento de las tasas de fecundidad en las últimas siete décadas, en ciertos puntos, los planteamientos teóricos expuestos en el libro simplifican los factores que intervienen en la reducción de la fecundidad. Aunque reconocen que las teorías convencionales de la fecundidad tienen limitaciones, los argumentos centrales del libro aún se circunscriben a ellas. Si bien mencionan las teorías revisionistas asociadas a la difusión, no ahondan en problematizar cómo la socialización de nuevas normas sociales y comportamientos afecta a la fecundidad. Lo anterior conlleva a que se reduzca e invisibilice a lo largo del texto al género, la salud y los derechos sexuales y reproductivos y la desigualdad. Los autores enfatizan, de manera reiterada, la necesidad de los países de contar con programas de planificación familiar voluntarios a sus habitantes, pero presentados como intervenciones para aumentar la demanda anticonceptiva para reducir los niveles de fecundidad, lo cual deja entrever la falta de un enfoque de derechos en el desarrollo de estos planteamientos. Adicionalmente, el libro centra el estudio de la fecundidad en las mujeres. Si bien reconocemos que los datos para hombres son limitados, hubiese sido pertinente incluir una mención sobre cómo las decisiones reproductivas de los hombres pueden tener un efecto en las trayectorias sexuales y reproductivas de las familias, y así evitar una feminización del tema abordado.